



SOCIOLOGÍA

Sección española

Objeto de la Sociología

Si generaciones incontables pasaron por la tierra sin hollarla, ha de existir una historia intelectual completamente ignorada en cada uno de esos cerebros que, por sus obras, son la admiración de nuestros tiempos. Quizá no esté bien aplicada la palabra historia en hechos que resultan de la propia existencia humana y no de la narración de esta existencia. Nos referimos á las ideas que á los hombres primitivos sugirieron los agentes naturales y el conocimiento de que eran superiores á los demás animales.

Nebulosa de la historia propiamente dicha es la leyenda ¡cuántas nebulosas intelectuales debió tener la metafísica! Y cuenta que ésta no es más que la tradición de la filosofía, menos aun, puesto que, la filosofía misma, representa la tradición de la sociología.

¿Qué número de pensamientos perdieron las humanidades que se ocultan al otro lado de los signos convencionales!

La metafísica, un tiempo última manifestación de la inteligencia; la filosofía, cúspide de todas las ciencias hasta muy cerca de nuestros días, son, hoy, una base de la inteligencia humana.

¿La evolución? Cinta, no mole; cantidad continua, no masa de partículas yuxtapuestas. Pero sólo sabemos donde llega por un lado; por el otro ¿quién puede calcularlo?

Hasta aquellos cerebros que *casi* no podían pensar de imperfectos, tienen su grano de arena en las maravillas que hoy producen los genios. Trabajo curioso por demás sería un estudio de antropología comparada, deduciendo lo que es capaz de concebir nuestra especie por la configuración de su cráneo. Posible fuera que así conociésemos los pensamientos del hombre que ha podido escapar á investigaciones del presente por haber dejado sólo el cráneo como señal de su existencia. Nadie, que sepamos, explicó las fases del saber humano por las del ángulo facial. De intentarse se demostraría que algunos cerebros superiores de la antigüedad estaban tan bien dispuestos como los de hoy para la vida moderna, sólo que se dieron á las ideas abstractas por falta de base, es decir, de cerebros secun-

darios que crearan y mantuvieran el ambiente científico que hoy crean y sostienen millones de seres.

Cuando las ciencias no habían dado señales de vida, ó las habían dado muy débiles, los cerebros mejor organizados estudiaban las propiedades inmateriales, porque, siendo el terreno vasto y complicado, podían dar ocupación á su potencia mental. Por manera que si la metafísica ha sido algún día la ciencia más elevada, lo fué, precisamente, cuando el hombre, por su ignorancia, no podía discurrir sobre materia más útil á los fines de la vida. En este sentido, la metafísica representa la impotencia humana que se desvivía en vano para resolver problemas que únicamente la ignorancia del metafísico planteaba.

Ignoraban, los metafísicos, las leyes universales, las humanas y las sociales y como habían de discurrir sobre algo, porque la configuración del cráneo se lo exigía, inventaron el alma y discurrieron sobre sus propiedades. Cuando la física y la astronomía hablaron algo fuerte y se pudo establecer principios universales, la razón, ó sea la filosofía, suplantó á la metafísica; pero cuando la biología y la fisiología pudieron establecer leyes humanas, la sociología vino á ser lo que antes había sido la metafísica y después la filosofía. Existe, pues, perfecta relación entre las ciencias y su representación más elevada.

¿Se ocupaban del alma? La metafísica dirigía. ¿Del universo? mandaba la filosofía. ¿Del hombre? la sociología asume todos los poderes.

A medida que se estudia al ser racional, dejando las discusiones meramente filosóficas, los problemas se simplifican y el hombre adquiere más confianza en sí mismo al conocerse mejor.

Seguida de la anatomía y de la fisiología se manifestó la historia natural; después, atropellándose para llegar antes, hicieron su aparición la biología, la antropología y la patología. Todas estudian al hombre desde diferentes puntos de vista y á todas une y abarca la sociología, recién nacida.

Dicen aquellas: el hombre sufre tales enfermedades y ejecuta tales evoluciones; está compuesto de estos órganos y corre estos peligros; obedece á estas leyes y estotras tienen sobre él decisiva influencia. Oídas las razones expuestas por las ciencias, la sociología presenta su programa de higiene social, exclamando: El actual sistema de la sociedad no ofrece al hombre garantías de vida ni de ilustración. Vosotras, ciencias, al presentar al ser tal cual es, decis que reúne buenas y malas condiciones físicas, buenas y malas condiciones morales, buenas y malas condiciones intelectuales. Pues yo diré lo que debe hacerse para que las buenas prevalezcan y las malas disminuyan. He estudiado perfectamente lo que acabáis de discutir. Según vosotras, las enfermedades nerviosas son organismos poco influyentes por la naturaleza; el recargo orgánico produce la neurastenia; la falta de sol y de aire atrofia los cuerpos mejor constituidos; los disgustos que sufre la mujer en el periodo de embarazo influyen en las condiciones morales, intelectuales y físicas del futuro hombre; las desgracias y sinsabores trastornan muchos cerebros y en general, las malas condiciones que rodean al ser humano, son causa de esta impureza orgánica que se conoce con los nombres de histerismo, epilepsia, neurrosis, etc., criadero de locos y de asesinos, enfermos todos, que hacen imposible el reinado de la libertad absoluta y de los principios naturales, al sentir de autoritarios y de ignorantes ya que, según ellos, la naturaleza llega á nosotros completamente pervertida con incurables vicios y defectos de herencia. En resumen:

de todo esto deduzco yo, que la humanidad tiene deficiencia de pan, de luz, de aire, de instrucción, de libertad, etc., y abundancia de sinsabores, de tiranía, de explotación, de miasmas orgánicos y sociales y que de aquella escasez y de esta abundancia, nacen los males que la especie sufre. Así, pues, estableciendo una sociedad justa, equitativa, que diera al hombre lo que ha menester y le pusiera á salvo de la miseria física, de la miseria orgánica y de la miseria intelectual; ofreciendo á cada organismo las satisfacciones que demandara, á cada cerebro la instrucción que eligiera, á cada cuerpo el trabajo que libremente adoptara, el ser humano se hallaría en condiciones de practicar la justicia, y ya, la sociología, ha encontrado el modo de establecer esta sociedad bienhechora, sin amos ni esclavos, sin explotados ni explotadores; sin más leyes que las hermosas que el hombre lleva en sí.

Si cada cual se ejercita en aquello que bien le acomode, no habrá holgazanes. El holgazán es un organismo que no ha encontrado ocupación favorita y á quien se quiere someter á una ingrata, porque al elegírsela ó al elegirla, no se ha podido tener en cuenta más que las conveniencias del mercado, no las inclinaciones ni las facultades del hombre. Este es un sér esencialmente activo. La inactividad sería el más cruel de los martirios.

La tierra produce lo suficiente para sus habitantes y éstos tres veces más de lo que consumen. Siempre hay obreros sin ocupación, hoy que sólo trabajan la quinta parte de las personas y siempre los almacenes están llenos de mercancías. Los productos, tanto naturales como artificiales, que se pongan á disposición de todos los hombres y que cada cual tome de ellos los que necesite.

Nadie tomará más de lo necesario si tiene la seguridad de que al día siguiente, ó cuando le acomode, encontrará manera de satisfacer sus necesidades, como nadie toma más agua de la menester sabiendo que la fuente mañana manará también. Ningún elemento más necesario á la vida que el agua y, sin embargo, todo el mundo se provee de ella sin desórdenes ni dificultades.

Pues si hay productos para todos, como hay aire, como hay agua, como hay sol, poniéndolos á disposición de todo el mundo, los males que se derivan de la escasez desaparecerían, como desaparecerían los que reconocen por causa la ambición de mando, no habiendo mandos.

¡Directores! ¿Para qué? ¿Qué habría de regularizarse si de todo sobrara? Sobre hoy, ¿cómo no habría de sobrar cuando el trabajo fuese el resultado de una inteligencia experta y de una voluntad libremente manifestada?

¡Leyes! ¿Para qué? ¿Quién atacaría al hombre, si cada uno pudiera cumplir las que lleva en sus organismos? Los mismos enfermos que roban, asesinan y siembran la infelicidad donde quiera que se manifiesten, son, como he dicho, consecuencia de una sociedad que quita al individuo salud y placeres.

Con la luz, el calor y el aire que requiere la sangre; con las sustancias que exige el estómago; con la actividad que reclaman los músculos, y con el pan intelectual que demanda el cerebro no hay enfermedades, ni contiendas, ni odios, ni malquereres.

Pues todo esto obtendrá el hombre, con ayuda de la sociología.

Este es su objeto.

FEDERICO URALES.

Si esto es acrata yo soy el Papa!

Ayuntamiento de Madrid

SURGE ET ÁMBULA

El mundo parece entrar de lleno en una era eminentemente revolucionaria. Las ciencias y las artes, como encojidas dentro los viejos y tradicionales moldes que las encierran, revuélvense entre la infernal gritería de sus cultivadores con la cabeza erguida, como distinguiendo á lo lejos nuevos y regeneradores horizontes.

Lo abstracto y metafísico, que un día fué base de la moral, anda andrajoso, menospreciado y herido de muerte por los razonamientos modernos. El naturalismo, con sus conclusiones matemáticas, demuestra materialmente la esencia del sér humano y apoyando sus teorías en lo que el hombre puede estudiar y conocer, patentiza el absurdo de los que sustentan la imposibilidad de establecer una sociedad sin fé ó sin algo incognoscible.

Nosotros creemos que el culto hacia la grandiosidad de la Naturaleza, debe llevarlo cada uno en su propio sér, detestando, por lo tanto, que se eduque nuestro entendimiento con panegíricos risibles y fantasmagóricas apariciones: somos humanos y humano ha de ser todo lo que se relacione con nuestra inteligencia; lo divino, si es que tal haya, ya se demostrará por su propia divinidad.

Tienden las teorías modernas á educar un hombre justo para que constituya una sociedad toda justicia. Esta es la base del edificio.

La humanidad tiene en su modo de ser, todos los defectos de que se nutren sus antiguas tradiciones y si hay hombres sabios con bastante generosidad y altruismo para hacerse apóstoles de la verdad, enseñando las doctrinas que la Naturaleza les inspira y en las cuales piensan encontrar nuestra regeneración, son algunos los que, con grandes condiciones intelectuales para coadyuvar en tan magnánime pensamiento, se muestran refractarios á ellos y en lugar de propagar el amor á la verdad y á la justicia, hacen con la más solapada hipocresía ó con la desvergüenza más irritante, guerra sin cuartel á todo lo que tiene sintomas de justo y verdadero.

JUAN BISCAMPS.

Sección extranjera

CIENCIA SOCIAL

«No habléis de libertad; la pobreza es la esclavitud.»

Es esta una idea que ha penetrado en las grandes masas obreras, se infiltra en la literatura de la época, penetra hasta en los mismos que viven de la pobreza de los otros y les quita aquella arrogancia con la que antes proclamaban sus derechos á la explotación.

Impreciso. La pobreza es una situación que ser o no ser esclavitud si es o no es impuesto.

Hablé de libertad, en la pobreza o en abundancia... de todos!

Ayuntamiento de Madrid

En cuanto á que la forma actual de la propiedad no es duradera, no sólo lo dicen los millones de socialistas de ambos mundos, sino hasta los capitalistas sienten que se va. Ni se atreven á negar las consecuencias funestas de la propiedad, ni á justificarla. Practican este derecho en tanto que son bastante fuertes para hacerlo, pero sin tratar de asentarlo sobre la idea ó el sentimiento de justicia.

Y es claro.

Ved, por ejemplo, la ciudad de París, creación de tantos siglos, producto del genio de toda una nación, resultado de la labor de veinte ó treinta generaciones. ¿Cómo sostener delante del habitante de esta ciudad, que trabaja cada día en embellecerla, en sanearla, en alimentarla, en proveerla de obras maestras y en hacer de ella un gran foco de pensamiento y arte, como sostener ante el que ha creado todo eso, que los palacios que adornan las calles de París pertenecen con justicia á sus propietarios legales, cuando todos nosotros le damos su valor, puesto que sin nosotros el suyo sería nulo?

Semejante ficción puede mantenerse cierto tiempo merced á la habilidad de los educadores del pueblo. Inmensas legiones de obreros pueden no reflexionar en ello; pero desde el momento que unos pocos hombres que piensan, agitan esta que cuestión y la someten á todos, no puede haber duda sobre la respuesta.

¿Cómo hacer creer al campesino que esta tierra señorial ó burguesa pertenece legítimamente á su propietario, cuando el campesino nos cuenta la historia de cada pedazo de tierra á diez leguas á la redonda? ¿Cómo hacerle creer, sobre todo, que es útil para la nación que tal señor destine su tierra para parque, mientras tantos campesinos de los alrededores desearían cultivarla?

¿Cómo hacer creer al obrero de tal taller ó al minero de tal mina, que el taller y la mina, pertenecen con arreglo á la equidad, á sus dueños actuales, ahora que el obrero y aun el minero empiezan á ver claro los Panamá, los gajes, los ferrocarriles franceses ó turcos, el robo del Estado y el robo legal, sobre los que se edifica la gran propiedad comercial é industrial?

Las masas nunca han creído en los sofismas de los economistas, porque más se dirigen á confirmar á los explotadores en sus falsos derechos, que á convertir á los explotados. Aplastado por la miseria, sin encontrar apoyo en las clases acomodadas, el trabajador se ha resignado á los hechos, pero él sabe que desheredado fué y desheredado es, y que, para arrancar á sus amos la más mínima parte de las riquezas engendradas por él, tiene que recurrir á la rebelión ó á la huelga, es decir, imponerse los trances del hambre, y afrontar las prisiones, ó bien exponerse á los fusilamientos en masa, imperiales, reales ó republicanos.

Pero otro mal mucho más profundo del sistema actual se acentúa cada vez más. Todo lo que sirve para vivir y para producir—el suelo, la habitación, el alimento, el instrumento de trabajo,—pasando á manos de unos pocos, les proporciona los medios de impedir que la producción siga adelante para dar el bienestar á cada uno. El trabajador comprende vagamente que nuestro poder técnico actual podría dar á todos una gran holgura y comprende también la manera como el sistema capitalista y el Estado impiden conquistar esa holgura.

El campesino codicia los parques y jardines de los filibusteros de la industria y de los panamistas, en torno de los cuales hacen guardia el gendarme y el juez, porque sueña cubrirlos con cosechas que él sabe habrían llevado la abundancia á las aldeas, donde apenas se come pan rociado de pésimo vino.

El minero, cuando tres días por semana se ve forzado á pasearse con los brazos colgando, piensa en las toneladas de carbón que falta en todos los hogares pobres.

El trabajador, cuando su taller le da asueto forzoso, y recorre las calles en busca de trabajo, ve los albañiles que andan en la misma situación que él, en tanto que la quinta parte de la población de París habita en pocilgas malsanas; ve á los zapateros que se quejan de la falta de trabajo, mientras á tantas gentes les falta calzado.

En efecto, aunque ciertos economistas se complacen en hacer tratados sobre la sobreproducción y explican cada crisis comercial por esta causa, se verían en serios apuros si se les exigiera que dijese cual es el artículo que Francia produce en cantidades mayores que las que necesita toda la población. Seguramente no es el trigo, puesto que el país se ve obligado á importarlo. No son las casas, millones de seres viven en chozas y covachas con una ó dos aberturas. No es el vino, ni los libros. Un solo artículo hay que se produce en mayores cantidades que las precisas: el que vive de las oficinas.

Lo que el economista llama sobreproducción, no es más que una producción que sobrepasa la capacidad de compra de los obreros, reducidos á la pobreza por el Capital y el Estado. Y esta sobreproducción es la característica de la producción capitalista anual, puesto que los trabajadores no pueden comprar con sus salarios lo que han producido y al mismo tiempo alimentar á la caterva de ociosos que viven á sus espaldas.

La esencia del sistema económico actual es que el obrero jamás pueda disponer de lo que haya producido y que el número de los que viven á su costa vaya siempre aumentando. Cuanto mayor es el adelanto industrial en un país, este número es más grande. Forzosamente la industria está dirigida, no hacia aquello que falta para satisfacer las necesidades de todos, sino hacia lo que, en un momento dado, trae grandes beneficios á unos pocos. Por necesidad de este modo, la abundancia de los unos se basa sobre la pobreza de los otros, y el malestar de la mayoría debe mantenerse á toda costa, á fin de que haya brazos que se vendan por una pequeña parte de lo que puedan producir; sin esto, no habría acumulación privada del capital.

Mientras Inglaterra y Francia fueron los *pioniers* de la industria, en medio de naciones atrasadas en su desenvolvimiento técnico; mientras pudieron vender á sus vecinos sus lanas y sus sedas, su hierro y sus máquinas y una serie de objetos de lujo á precios que les permitían enriquecerse á expensas de su clientela, el trabajador podía alimentar la esperanza de que también le llegaría una parte de este gran botín. Pero las naciones atrasadas hace treinta años, ahora se han vuelto grandes productoras. En ciertas ramas de la industria han tomado la delantera, y además del comercio lejano, en el que combaten con sus hermanas mayores, vienen á hacerles la competencia en sus propios mercados. En pocos años Alemania, Suiza, Italia, los Estados Unidos, Rusia y el Japón se han convertido en países de grande industria. Méjico, las Indias y hasta Siberia adelantan mucho en este movimiento. ¿Qué será cuando el chino empiece á imitar al japonés, fabricando también para el mercado universal?

De esto resulta que las crisis industriales, cuya frecuencia y duración van en aumento, en muchas industrias han pasado al estado crónico. Y por lo mismo, la

guerra por los mercados de Oriente y de Africa, desde hace años está á la orden del día; veinticinco que la espada de Damocles está suspendida sobre los Estados europeos. Y si esta guerra no ha estallado todavía es, sobre todo, porque la alta banca encuentra ventajoso que los Estados se endeuden más cada día. Pero cuando la alta banca encuentre conveniente que la guerra estalle, rebaños humanos se matarán unos á otros para arreglar los asuntos de los amos financieros del universo.

La caída de los sistemas industrial y comercial, bajo los cuales vivimos, es inevitable, no por siglos, sino por años debe contarse. Un poco de tiempo y de energía por nuestra parte.

Los perezosos no hacen historia: la soportan.

PEDRO KROPOTKINE.

Patria

Muchas personas han tratado de basar la patria en la comunidad de costumbres, de usos ó de idioma. Según esta definición nótese que el territorio donde viven los individuos solidarios es de más grande superficie que en el caso anterior. La idea, aun siendo clara, tiene menos precisión que cuando se trata del sitio del nacimiento. En efecto, en un mismo territorio las costumbres varían más ó menos, según las clases, las profesiones, las castas. Cuando se dice comunidad de costumbres de usos, es preciso entender comunidad de algunas costumbres, algunos usos, y no de todos; es necesario comprender que se trata de los caracteres comunes que unen á los individuos habitantes de un territorio, determinado por esta comunidad. Y lo mismo podemos repetir respecto de la lengua, porque en realidad no existe identidad de lengua entre gentes de clase, casta ó profesión diferente que habitan en una misma región. No puede ser cuestión, si no en determinados caracteres comunes, determinadas semejanzas de expresión de pensamientos y sentimientos.

A pesar de esta impresión del concepto «patria», basado en la comunidad de costumbres, de usos, de lengua, podemos, sin embargo, admitirlo. Fácil nos será apreciar que tal concepto está también en contradicción con la idea expresada comunmente con la palabra patria.

En efecto, la comunidad de costumbres, usos y lengua, es más íntima entre los gallegos y los portugueses de la provincia. Entre Miño y Duero, que entre aquellos y los malagueños, los catalanes, los valencianos; y hay más semejanza de carácter, de costumbres, de usos, entre los alsacianos y los badeneses, que entre los alsacianos y los gascones, ó bearneses. Relaciones más íntimas de costumbres y de lengua unen los rosellonenses á los catalanes, y los castellanos á los mejicanos, que los rosellonenses á los normandos ó bretones, y los castellanos á los catalanes ó vascuencos.

Debía, pues, según estos, haber solidaridad patriótica entre gallegos y portugueses, entre alsacianos y badeneses, entre rosellonenses y catalanes, y entre cas-

tellanos y mejicanos; y no entre gallegos y castellanos, gascones y normandos, y vascuences y andaluces.

Resulta de aquí que la patria, en el concepto indeterminado que de ella se tiene, no está determinada ni por el lugar del nacimiento, ni por la comunidad de costumbres, usos y lengua.

¿Estará acaso determinada por la comunidad de intereses que crea la solidaridad entre los individuos? El análisis de los fenómenos sociales demuestra que en un mismo territorio llamado patria, los intereses son rara vez comunes y frecuentemente antagónicos. La patria basada en la comunidad de intereses, sería de superficie más restringida que los territorios comunmente calificados de patria. Poco más ó menos, el lugar donde los intereses son comunes, es aquel en que las costumbres, los usos y la lengua lo son también.

En una patria como la francesa actual, los intereses son discordantes según las regiones. Este distrito agrícola, es proteccionista; aquel otro comerciante, es libre cambista. Tal región productora de remolacha se opone á la entrada libre de los azúcares de caña, reclamada por tal otra comarca. Muchos más ejemplos similares podríamos citar, ejemplos que aparecen claramente en las discusiones parlamentarias entre libre cambistas y proteccionistas. Se ve fácilmente el antagonismo de intereses entre provincias apartadas, y á menudo también entre localidades vecinas, dedicadas á diferentes trabajos. Para quien estudie las condiciones económicas de la Francia, es de evidencia notoria que ciertas regiones tienen más comunidad de intereses con regiones de otra patria, que con regiones de Francia misma.

Si en vez de considerar las diversas partes territoriales de una patria, se considera las diversas clases sociales que viven en esta patria, se ve que sus intereses son mucho más discordantes que concordantes, mientras que estos mismos intereses concuerdan perfectamente con los de individuos de la misma clase social de otras patrias.

No es, en efecto, dudoso para nadie que el proletariado francés, tiene más comunidad de intereses con el proletariado alemán, inglés ó italiano, que con el propietario francés. Existe una comunidad más íntima entre el banquero de Francia y el de Inglaterra, que entre éstos y el labrador de sus respectivas patrias; así como entre los profesionales militares de patria diferente, que entre estos militares y los obreros de su misma patria.

La patria, pues, tal como comunmente se la considera, no está determinada por la comunidad de intereses.

A. HAMON





Madama Roland

Hacer una biografía completa de Mma. Roland equivaldría á hacer el proceso de la Revolución francesa, aquella revolución tan fecunda en justicieras vindictas públicas con que la Francia oprimida respondía á los retos de la dinastía que fundara Hugo Capeto, con la revolución del 89 que, aboliendo las leyes y privilegios feudales, estableció la unidad administrativa, legislativa y judicial y haciendo subir al cadalso á Luis XVI proclamó la República y con ella los famosos *derechos del hombre*. Tan unido va el nombre de nuestra biografiada con esa tremenda etapa de la Historia, no sólo de Francia, sino de la Europa entera.

Mirabeau, Dantón, Marat, Robespierre, Saint-Just, Lafayette, Condorcet y mil y mil que vigorizaron las fuerzas revolucionarias, ora como jacobinos, ora como girondinos, ya en la Convención, ya en la Montaña, sucumbieron en el fragor de tantas pasiones desencadenadas, de tantos odios comprimidos, de tantas ambiciones amparadas bajo el barniz de ser los avasalladores los amigos del pueblo y los avasallados sus contrarios. ¡Desgraciados los vencidos cuando los vencedores se dividen! ?

SIEMPRE

Los hombres que pusieron las ruedas al carro de la revolución fueron á su vez aplastados por ella misma. El empuje de las nuevas ideas fué tan colosal que tras-pasando el límite que las fijara el verbo de la revolución, Mirabeau, arrastró en

pos de sí á cuantos espíritus, fueran revolucionarios disolventes, fueran moderados, habían coadyuvado al despertar de un pueblo tiranizado y cuya aurora radiante de libertad venían elaborando todos los filósofos del siglo XVIII.

Las luchas intestinas que los hombres de la revolución tenían entre sí, necesariamente debían traer aparejado el odio más feroz de sectario, odio que, dados los tiempos aquellos, equivalía á tener un pié en el cadalso el que resultaba más débil.

Había en la Francia revolucionaria un partido llamado de los girondinos compuesto de republicanos moderados con ciertas tendencias federales, más elocuentes que profundos, más apasionados que enérgicos, más soñadores que prácticos que se sentaban á la derecha y combatían la Montaña. En la Asamblea legislativa puede afirmarse que dominaron por su elocuencia. Dentro de este partido y uno de sus miembros más distinguidos fué, Roland, marido de nuestra biografiada.

Después de las revueltas del 92 se vieron expuestos por su moderación á los ataques de la izquierda de la Convención y de la Commune. Propusieron un decreto de acusación contra Marat, aunque en vano; ellos, á su vez, fueron acusados de conspirar contra la unidad de la República y de caminar hacia el federalismo. La locura patriótica, que en todos tiempos y sean cuales fueran las circunstancias absorbe por completo á la masa general de los franceses, haciéndoles cometer disparates á cual peor, condujo á los revolucionarios de la izquierda á la represalia, al crimen, al Terror. Atravesóse un período que en París reinaba el terror, lo mismo entre los republicanos, amenazados por los ejércitos de Prusia, que entre los realistas, á quienes amenazaba la República.

Por haber muerto Marat bajo el puñal de Carlota Corday, quisieron ver ramificaciones del hecho en el grupo de los girondinos. Presos unos, otros fugitivos, vinoles perfectamente este estado de cosas para clamar contra los republicanos moderados, presentándolos como cómplices de la muerte de Marat. Entonces, como ahora, una opinión oprimida puede señalarse con una puñalada; sólo un espíritu muy exasperado ha podido concebir y ejecutar el acto; pero atribúyese, no obstante, á todos los partidarios de la misma opinión, y todos se autorizan así á ejercer en ellos nuevas venganzas, haciendo nuevos mártires. Lo hemos visto en el proceso de Montjuich y otros y otros procesos que sería prolijo enumerar, sobre todo aquí que se trata de cosa bien distinta.

Era difícil hallar crímenes en los diputados detenidos; la revolución departamental facilitó un primer pretexto para inmolarlos, declarándoles cómplices de los fugitivos; la muerte de Marat servía de complemento á sus supuestos crímenes y á las razones que querían alegar para enviarlos al cadalso.

En ese encarnizamiento de brutales represalias contra los girondinos, es decir, del grupo vencedor contra el vencido, es cuando se presenta á nuestra imaginación Mma. Roland, con toda la grandeza del talento, con toda la superioridad del genio, con toda la gracia del sexo.

¡Ah! En vano los detractores de la inteligencia de la mujer pretenderán encontrar en el organismo nuestro voliciones superficiales que entraña un temperamento débil, apocado y, por consiguiente, ajeno á profundizaciones cerebrales. La sola figura de Mma. Roland bastaría para justificar las aspiraciones de la mujer moderna si otras justificaciones no tuviera.

Mma. Roland ha hecho ver que el genio no tiene sexo y que mucho puede la mujer de talento en los períodos revolucionarios, donde las pasiones se desencadenan brutales, tempestuosas.

¡Cuántas veces de la influencia de la mujer ha debido depender el triunfo del movimiento!

En la Revolución francesa, donde tantas y tantas mujeres sobresalieron por su valentía, por su decisión, por su fatalismo, ninguna iguala á Mma. Roland.

Ella sabe conspirar para enderrocár la monarquía; sabe revolucionar la pusilanimidad de hombres excesivamente moderados, y sabe, por fin, dirigir con mano certera, si no afortunada, á aquellos soñadores que iniciaran la revolución para morir en sus garras, mejor dicho, para morir en las garras de los menos escrupulosos.

Dejemos consideraciones que pueden ó no venir á cuento y vámonos al objeto que hoy mueve nuestra pluma.

Nació MANUELA JUANA PHILIPON en París el 1754. Era hija de un grabador y pintor de esmalte, uniendo á estas dos profesiones el comercio de diamantes y piedras preciosas, y de una mujer piadosa hasta lo excesivo, pero lo suficiente inteligente para no prohibir á su hija las lecturas á que estaba aficionada, queriendo inspirarle la religión, no imponérsela.

Su inteligencia, superior á su sexo, dice uno de sus biografiadores—no encontraba verdadera satisfacción en los conocimientos más difíciles, de tal modo que, no tan sólo no le bastaba la educación de la mujer, sino que muchos de los estudios propios del hombre le parecían insuficientes, deseando profundizarlos con su criterio. En más de una ocasión los aprendices de su padre le proporcionaban las obras de Rousseau, Voltaire, Montesquieu y los filósofos ingleses, que devoraba con incansable afán.

Su lectura favorita, sin embargo, era Plutarco. «Nunca olvidaré—dice en sus *Memorias*—la Cuaresma de 1763, durante la cual llevaba todos los días á la iglesia aquel libro en lugar del devocionario.»

Fenelón fué, después de Plutarco, quien más conmovió su corazón; más tarde siguieron el Tasso y los poetas. El heroísmo, la virtud y el amor debían verterse de aquellos tres vasos en el alma de una mujer destinada á la triple epopeya de grandes impresiones.

Siempre en busca de algo desconocido, quizá la aspiración á un sacrificio sublime, llegó hasta ceñir el velo de novicia; pero viendo que le faltaba la vocación y aun la fe, abandonó el monasterio para volver á la casa paterna, donde su padre la inició en el arte de grabar, haciendo en esta tarea, como en todas, rápidos progresos.

Habiendo perdido á su adorada madre, la melancolía iba apoderándose de su espíritu. Quisieron casarla con un rico carnicero que solicitaba su mano, pero ella rehusó aquel enlace, contestando: «No descenderé del mundo de mis nobles quimeras. Lo que yo quiero no es una posición, es un hombre; moriré en el aislamiento antes que prostituir mi alma, uniéndome á un sér que no la comprenda.»

Aquel hombre no debía tardar en presentarse. Fué Roland de la Platière, conocido como filósofo.

Desde su primera entrevista una apacible simpatía enlazó aquellas almas. El trato hizo pensar á uno y á otro en un matrimonio, que se parecía menos al amor

de los hombres y de las mujeres, que á la alianza de los tiempos de Sócrates y de Platón. El filósofo Roland buscaba un discípulo más que una mujer, mientras que la joven buscaba un maestro más que un marido.

A pesar de la negativa del padre á dar su consentimiento para el enlace, el matrimonio se verificó con buen deseo, pero sin entusiasmo alguno.

Por la diversidad de caracteres y, más que esto, por los veinte años más que ella, comprendió que sólo era dable hacer la felicidad de él; que á la suya siempre le faltaría algo. Profesándole, sin embargo, una profunda estimación, se asoció al trabajo de su marido y se hizo su amanuense y su corrector. En los cuatro años primeros fué madre y nodriza y trabajó en la redacción de la *Nueva Enciclopedia*, que había sido encomendada á su marido.

Al cabo de algunos años Roland obtuvo un destino en Lyon, su ciudad natal. Allí le sorprendió la revolución de 1789, y desde aquel día sintió Mma. Roland un fuego interior que sólo debía extinguirse con su sangre. Todo el amor ocioso que dormía en su alma, se convirtió en entusiasmo y pasión por la humanidad. Desde entonces amando á la revolución como á un amante, comunicó esta llama á monsieur Roland y á todos sus amigos.

Las opiniones de este matrimonio sublevaron contra ellos, en el primer momento, toda la aristocracia comercial de Lyon; pero como las ideas tienen una corriente irresistible que arrastra hasta las ciudades más apáticas, Lyon acabó por aceptar las ideas de la época, y Roland fué enviado como diputado á París por el Consejo municipal de la ciudad, para defender allí sus intereses comerciales ante los comités de la Asamblea constituyente.

Las relaciones de Roland con los filósofos, sus conexiones obligadas con los miembros de la Asamblea, el rumor de su fama como hombre notable, y, sobre todo, los encantos de una mujer joven, elocuente y apasionada, hicieron bien pronto de los salones de Mma. Roland, un verdadero foco de la revolución, poco brillante todavía, pero ardiente. Para los hombres de aquella República particular la Constitución de 1791 no era más que una tregua.

La joven esposa de Roland llegaba á París el 20 de Febrero como una llama intensa para animar á todo un partido, fundar la República, reinar un momento y morir. Al día siguiente de su llegada, se apresuró á ir á las sesiones de la Asamblea y allí vió al poderoso Mirabeau, que con su arrebatadora elocuencia debía afianzarla aún más del que lo estaba, en su revolucionarismo. Aquel mismo día tuvo ocasión de conocer á Brissot y poco después le fueron presentados Pethion, Buzot y Robespierre, que no tardaron mucho en acordar su reunión cuatro veces por semana y de noche en casa de aquella mujer singular.

El objeto de tales reuniones—dice el historiador del cual copiamos estos datos—era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia tendía á la revolución y sobre la marcha que para consolidar el triunfo, debía imprimirse á las opiniones poco francas.

De allí salió la Constitución exuberante y prepotente de aquel partido girondino, que tanto podía haber hecho por la libertad y por la Francia; cuyas vacilaciones y debilidades debían ser tan funestas á la verdadera revolución y al propio partido de la Gironda. ¡Cuántas veces acontecía que los discursos con que el insipido Verginaud conmovía á la Convención nacional, habían sido discutidos y anotados la noche antes por aquella mujer extraordinaria!

Pero los hombres que se habían reunido en aquel apacible hogar, para llevar á cabo una obra común, se fraccionaron lastimosamente; y así fué que, cuando Mma. Roland volvió á París después de una breve estancia en sus posesiones de la Platière, se encontró con un partido á que era preciso prestar vida y aliento; llevó agrupados en torno suyo á los Pethion, á los Buzot, á los Verginaud, á los Louvet y á los Gensonné, y, lanzando á su marido en la escena política, comprendió que su suerte era la suerte de la Gironda.

Desde entonces puede decirse que el alma de aquella agrupación fué ella. La imparcialidad de la historia no puede menos de hacerla solidaria de todas sus faltas, como tiene el deber de hacerla partícipe de toda su gloria.

Roland fué en sus manos un instrumento. El brillo y el talento de su joven esposa atraían las miradas sobre él, al mismo tiempo que tenía la ayuda de su misma mediocridad, único poder de que dispone la virtud, para neutralizar la envidia. Era un hombre que marchaba al poder sin impulso propio, llevado por el favor de su partido, por el prestigio de lo ignorado, y, sobre todo, por el genio de madama Roland.

Como no podía menos de suceder, el destino de su poder alcanzó á ella. Roland estaba demasiado comprometido para no buscar en la fuga una defensa contra la proscripción del 31 de Mayo, pero su mujer, que facilitó los medios de la evasión, se negó á seguirle. Tal vez contaba con que la salvaría la antigua amistad que con Robespierre la había unido.

Llegaban diariamente á manos del tribunal revolucionario listas denunciadoras de sospechosos y en 2 de Junio fué incluída ella, presa y encerrada en la Abadía. En uno de sus calabozos trazó las hermosas páginas de sus *Memorias*, libro precioso que nos ha conservado los grandes latidos de su corazón, vaciado en el molde de los héroes de la antigüedad.

Fué puesta en libertad algunas horas, quizá por un refinamiento de crueldad inconcebible, y detenida de nuevo en las escaleras de su casa antes de haber podido abrazar á su hija, la encerraron en Santa Pelagia, sentina de vicios, lugar destinado para castigo de la prostitución.

Cuando casos de esta índole llegan á efectuarse, los que los ejecutan son dignos del mayor desprecio.

En Santa Pelagia, por piedad de los carceleros, se le dió un mal lecho y una mesa donde prosiguió sus *Memorias* y trazó un testamento legando á su hija su piano, su arpa, dos sortijas, sus libros y algunos muebles de su calabozo que era toda su hacienda.

A principios de Noviembre fué trasladada á la Conserjería, donde sólo debía esperar algunos días la muerte. Su proceso fué como el de todos los girondinos. Sin oír explicaciones ni permitir defensas. El 8 de Noviembre se pronunció la terrible sentencia. Al oír el fallo se puso en pié é inclinándose ante sus jueces, contestó con acento tranquilo:

«Os doy gracias por que me creáis digna de participar de la gloria de los grandes hombres, á quienes habéis asesinado.»

Dicho esto, bajó las escaleras de la Conserjería con planta segura y sin la más leve contracción de los músculos de su semblante. Al pasar por delante de las rejas, en que se apiñaban sus compañeros de prisión para verla pasar, les dirigió una sonrisa y les dió noticia del fallo, llevándose la mano al cuello é imitando la

acción de una cuchilla que corta una cabeza. Aquellos hombres que no vertían lágrimas por su próxima muerte, quedaron llorando por la ilustre víctima haciendo patente que el sentimiento no está reñido con el valor.

Esta mujer, reuniendo á las gracias de una francesa el heroísmo de una romana, llevaba en su alma todos los pesares: respetaba y amaba á su esposo como á un padre; inspirábale uno de los girondinos desterrados, pasión profunda que siempre había contenido; dejaba una hija joven y huérfana confiada en manos de amigas; y temblando por tantos seres tan cariñosos, creía para siempre perdida aquella causa de la libertad, de que era tan entusiasta y por la cual había hecho tantos sacrificios.

Para ir al patíbulo vestía de blanco y llevaba tendidos sus hermosos cabellos negros que la caían hasta la rodilla; durante todo el camino rea nimó las fuerzas de un compañero de infortunio, del anciano Lamarche, que debía morir con ella y que no tenía el mismo valor, y hasta consiguió dos veces arrancarle una sonrisa. ¡Qué contraste! Un anciano lloraba, mientras que una mujer joven y hermosa, le consolaba en sus aflicciones, siendo víctima como él.

Pidió como gracia al verdugo que primero ejecutase al anciano, pues «*si viérais correr mi sangre, sufriríais dos veces la muerte, y quiero evitaros la doble desgracia de que veáis rodar mi cabeza.*» Caridad sublime, delicadeza prodigiosa que encadenas el sentimiento y haces vibrar las fibras más recónditas del corazón. Ningún hombre, en ningún pueblo ni en ninguna época, ha sido capaz de semejante sublimidad de sentimiento. Para sentir de una manera tan esquisita, tan clemente, debías ser mujer y mujer de talento. Para algo fuiste la más gran- de mujer de tu siglo.

Llegada al lugar del suplicio, inclinóse ante la estatua de la Libertad, exclamando: «*¡Oh, libertad; cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*» Apenas pronunciadas estas palabras, se apoderó de ella el verdugo, y un momento después en la canasta de la guillotina caía una cabeza, que no se sabe lo que pesaba, porque no se sabe lo que pesan los pensamientos. Así pereció aquella mujer tan bella como valerosa, que merecía compartir el destino de sus amigos. Si, mereció la muerte por su talento y sus virtudes y tuvo que satisfacer los instintos de la bestia humana.

Dejó escritas sus *Memorias, Pasatiempos y distracciones diversas, Viajes á Soucis, Inglaterra y Suiza*. Dos tomos de su *Correspondencia á Sofia Canet* y sus *Cartas autógrafas* dirigidas á *Bancal des Issaris*.

¡Sombra de Mma. Roland, levántate ante los tiranos y los verdugos! ¡Levántate para ayudarnos con tu influencia bienhechora á sacudir los tiranícidas que nos oprimen, y con tu portentoso talento á ensayar la verdadera redención, no sólo de la mujer, sino de la humanidad entera!

¡Yo, que no me prosterno ante ningún dios ni ante ningún tirano, lo hago ante tu talento y tu virtud!

SOLEDAD GUSTAVO.



CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

¡Cosa admirable! Las ciencias que tratan de los males que el hombre padece, convergen todas en un mismo punto, del cual arranca después la sociología para formular su doctrina contraria al actual sistema de la sociedad en nombre de la salud moral, de la salud intelectual y de la salud física. Y el punto común de las ciencias, ó mejor dicho, el común corolario es: cuanto más se separa el hombre de la naturaleza para entrar en eso que hemos dado en llamar vida moderna y que yo llamo el círculo vicioso de la civilización, más enfermedades padece y más débil es su organismo.

Si los sociólogos pudieran convencer á los médicos que la vuelta á la naturaleza presentada como un remedio para los males de la especie, no es posible en las actuales condiciones sociales, el establecimiento de la justicia sería cuestión de pocos años, porque, como tengo dicho en uno de mis pasados artículos, los que procuran y estudian la salud del hombre, aconsejarían, para obtenerla, la práctica de una vida que sólo la sociedad libertaria puede ofrecer.

Por habernos separado de los atributos naturales y haber desatendido las manifestaciones orgánicas, sufrimos tal serie de dolencias que sólo un cambio radical de costumbres puede dotarnos de la fortaleza y de la salud requeridas para sentir intensamente el placer de la vida y amarla como por sus delicias merece, delicias que hoy no podemos apreciar, porque nos faltan condiciones materiales. Dirigen nuestra existencia las preocupaciones, las cuales han hecho del adulterio espiritual y corporal un tratado de buenas costumbres. Vendemos y engañamos el cuerpo y el cerebro para amoldar nuestra vida á unos moldes que llevan el pomposo título de moral. Aparte los factores artificiales que hemos dejado intervenir en las relaciones sexuales con los nombres de buenas costumbres, ley, honor, honra, á las que damos, no ya un valor que no tienen, sino una fastuosidad y un lujo que sólo merecen las necesidades fisiológicas y el cerebro, como el cuerpo, las siente también, existen prácticas que el refinamiento del goce y el agotamiento de los organismos ha introducido en las relaciones sexuales y cuya sola presencia en ellas anuncia falta de energías materiales y perversión del sentido natural.

Son los síntomas de todo período decadente: ausencia de ideales, amor por las formas, temperamento neuropático, desprecio por los goces materiales. Herencia de largos años de vida artificial, cuyo último resultado es el aumento de las en-

fermedades mentales, como le es el de todo agravio inferido al cuerpo, ya padezca por miseria, ya por cansancio, ya por disgustos.

Si una función fisiológica se ve interrumpida por cuerpos extraños á la misma, en seguida se presenta la lesión orgánica á demostrar cuán peligroso es para la vida atender componentes formados fuera del propio cuerpo, por más que muchas veces no acertemos á comprenderlo y nos cueste algunas vidas antes y después de haber acertado con las causas naturales de la dolencia, por persistir en sostener las sociales que las provocan. Hay funciones y necesidades fisiológicas que pueden ser interrumpidas ó ser satisfechas á medias sin que, de momento, se manifiesten los desastrosos efectos que tal deficiencia causa en el organismo humano; pero hay otras que si se interrumpen ó no se cumplimentan, acarrear casi inmediatamente, una lesión orgánica. En este último caso se encuentran las funciones sexuales. En el momento de ponerlas en vigor, todo el sistema nervioso está en tensión, afluyendo al cerebro como corriente eléctrica, sensaciones esperadas ya, porque van precedidas de excitaciones fisiológicas que podríamos llamar preliminares. Si esta conmoción general cesa, por una ú otra causa, antes del tiempo que marca la propia organización del individuo con su potencia física, el cerebro, que no esperaba tal interrupción, al hallarse con ella se castiga de manera que la locura puede venir instantáneamente, como hemos visto en el número 7 de esta Revista. Si á una persona cualquiera se le anuncian buenas noticias y las recibe malas, el efecto es cruel para su organismo, y no ya precisamente por haber recibido malas impresiones, sino por haberlas esperado buenas. Si se le hubiese dicho la verdad, el cuerpo, con su poderoso instinto de conservación, se hubiera preparado para lo malo, así como se preparó para lo bueno, y la noticia no hubiera producido efectos tan desastrosos. Es lo que sucede en el caso anterior con las funciones sexuales. El organismo se prepara para una serie de funciones que luego un cuerpo extraño interrumpe. Este cuerpo es un germen morboso.

Ahora bien; el cuerpo perturbador no puede ser otro que la sociedad con sus preocupaciones ó sus egoísmos.

Ya iremos demostrando que son sociales todas las causas que alteran la salud humana.

DOCTOR BOUDIN.

FISIOLOGIA

Cuando se aísla un músculo de un animal vivo y se hace pasar á través de él una corriente eléctrica, se observa que se contrae mientras dura el paso de la corriente. Pero, si el experimento se prolonga, el músculo, al cabo de algún tiempo, se contrae más difícilmente; un poco después, acaba por no contraerse nada: está *fatigado*.

La fatiga entonces no es más que relativa y el músculo puede de nuevo contraerse, si se le excita con ayuda de la otra corriente más fuerte que la primera. Pero llega un momento en que la fatiga es absoluta, es decir, en que el músculo ha perdido completamente la propiedad de contraerse bajo la influencia de la electrificación más enérgica.

Jamás ha podido conseguirse en un músculo humano el estado de fatiga absoluta por continuidad de trabajo, de enexatibilidad completa, que se observa en el animal en que se hace aquella prueba; se opone á ello la sensación dolorosa experimentada por el hombre mucho antes del momento en que el músculo se declara incapaz de obrar. Bajo el influjo del dolor que ocasiona la contracción, el trabajo se interrumpe y el músculo *reposa*. Esta es la diferencia capital que existe entre la verdadera fatiga, absoluta, tal como se puede provocar en los animales en estudio, y la fatiga que se observa clínicamente en el hombre que trabaja.

Lo que domina en la fatiga de un hombre que se entrega á un ejercicio, es el elemento *subjetivo*, la sensación dolorosa, que le impide llevar el trabajo hasta el agotamiento completo del músculo. Puede representarse el esfuerzo que hace un hombre enérgico para llevar un ejercicio hasta los últimos límites posibles, como una lucha entre la voluntad que manda y la sensibilidad que se defiende.

La voluntad más enérgica no puede llegar á agotar la contractibilidad de un músculo tanto como la agotan los agentes mecánicos y físicos. Cuando el hombre fatigado renuncia á continuar un esfuerzo que ha sostenido durante cierto tiempo, se dice que sus músculos están agotados; no lo están todavía.

He aquí la prueba.

Sabido es que una de las actitudes más fatigosas que se pueden tomar, es la que consiste en tener los brazos extendidos horizontalmente. El músculo deltoide es el que soporta casi todo el trabajo de esta posición. Hay pocos hombres bastantes vigorosos para mantener sus brazos extendidos más de cinco ó seis minutos. Al cabo de éste tiempo, el deltoide no puede actuar más y el brazo vuelve á caer. Sin embargo, el músculo no está agotado; sus fibras poseen todavía gran fuerza de contrastibilidad, y la prueba es que ciertos agentes, tales como la electricidad, pueden poner en juego esta fuerza motriz, sobre la cual la voluntad no tiene ya acción. Si en un hombre que tiene los brazos extendidos se observa que la sensación de fatiga se hace intolerable, y si en el momento en que el sujeto se declara falto de fuerzas y va á dejar caer los brazos, se hace pasar en el músculo deltoide una fuerte corriente de electricidad, la fatiga parece desaparecer y los brazos se conservan extendidos: el músculo no había perdido, pues, su contractibilidad.

¿A qué es debida la fatiga local?

Esta cuestión necesita una doble respuesta: hay que saber por qué el trabajo hace dolorosa la contracción muscular en un miembro fatigado, y por qué razón el músculo que ha trabajado demasiado tiempo, acaba por perder momentáneamente el poder de contraerse.

La contracción muscular, repetida con frecuencia, llega á hacerse dolorosa mecánicamente por las sacudidas y los estirones repetidos que ocasiona en el músculo mismo y en los tejidos vecinos. Toda acción mecánica que hace sufrir á las masas musculares del cuerpo presiones, movimientos y choques parecidos á aquellos que determina el trabajo, puede ocasionar, también, como el trabajo, la sensación de fatiga. Se llama «amasamiento» á una serie de maniobras durante las cuales están sometidos los músculos á manipulaciones varias. Después de la acción ejecutada por la mano del amasador sobre los miembros, se experimentan las mismas sensaciones de fatiga local que produce el trabajo muscular. Está, pues, bien fundada la conclusión de que el dolor de una región que ha trabajado, es debido

á la misma causa que el de una región que ha sido amasada, de decir, á una acción mecánica.

Se explica, además, fácilmente esta acción. El músculo está atravesado por una multitud de filamentos nerviosos sensitivos. Estos pequeños ramales se frota y tuercen por el movimiento de las fibras musculares, que se ensanchan y endurecen con las contracciones enérgicas del trabajo. Las fibras musculares así mismo se estiran, lo mismos que los tendones y las aponeurosis de inserción y las sinoviales sufren rozamientos repetidos. Resulta, pues, en suma, de un trabajo muscular muy violento, un verdadero traumatismo para toda la región en que se verifica este trabajo, y las consecuencias de éste traumatismo pueden ser los mismos que si fueran debidas á causas externas: las contusiones, por ejemplo. Muchas veces, como diremos al hablar de los *accidentes del trabajo*, las roturas, las inflamaciones, hasta los abscesos, pueden ser resultado de un exceso de ejercicio.

Pero, independientemente de estas causas de enfermedad, el músculo sufre durante el trabajo otras menos conocidas y más interesantes. Ocurren en la fibra muscular modificaciones de nutrición debidas á las combustiones que acompañan á la contracción. Todo músculo que se contrae se calienta; este aumento de temperatura es debido á las combinaciones químicas de que hemos hablado en otros artículos. Los actos químicos que se designan bajo el nombre de combustiones alteran profundamente la estructura de los tejidos á cuyas expensas se realizan, y de esta alteración resultan productos nuevos que permanecen durante algún tiempo en el músculo.

Por tanto, estos productos ejercen sobre él una acción particular, que lo paraliza y lo pone en la imposibilidad de contraerse. Si se hace experimentar á los músculos de una rana la acción de una corriente eléctrica muy fuerte y se prolonga hasta el momento en que la fatiga es completa y los miembros del animal no experimentan ya la menor sacudida bajo la influencia de los excitantes más violentos, se tendrá en estos músculos fatigados los elementos necesarios para hacer uno de los experimentos más curiosos. En efecto, su sustancia, triturada en un mortero y reducida á papilla fina, encierra un principio capaz de comunicar á los músculos sanos y reposados, la fatiga.

Cuando á una rana se le inyecta este extracto de músculos fatigados, se determinan en el animal todos los fenómenos de la fatiga, y sus miembros no pueden ya ejecutar ningún movimiento bajo el influjo de la electricidad.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de RICARDO RUBIO.

DEL ARTE DRAMÁTICO

Las obras de Iglesias.

No voy á ejercer de crítico: para realizar tal cual se debe esta elevada tarea, no poseo ni inteligencia ni ilustración. Pero si que, como aficionado al teatro nuevo, expondré ingenuamente mis opiniones referentes á los varios extremos que he de

darles en el transcurso de este artículo, y al final del cual se verá si han sido ó no acertadas.

No hay unidad de pareceres en lo que respeta al teatro idista. Unos dicen que no gusta al público; otros que el ideal artístico basta y sobra para una producción teatral. Se saca á relucir el temperamento de los españoles y el abuso que de la tesis hace el teatro filosófico.

Estas son las dos opiniones más generalizadas.

No hay por qué desesperarse si al público español no le gusta el arte hondo.

Por lo que al pueblo productor atañe, entiendo que quiere arte claro y sencillo aunque sea trascendente. Y la claridad y sencillez que desea es la que más y mejor se adapte á su medio.

Al teatro moderno, además, dificulta el triunfo su moral misma, sus ideas innovadoras; pues ellas, al primer choque violento con un espectador preocupado, producen cierta prevención y confusión; y si no se halla predispuesto á pensar, acaba abandonándolo por completo. Pues á esto añádese que casi la totalidad de obras que de la tendencia indicada se han representado no cabían en el cerebro del espectador, y se comprenderá perfectamente que no se haya interesado por ellas.

Y el pueblo, al no compenetrarse de estas obras, ¿quiere decir que esté incapacitado para gustar de grandes producciones artísticas? Nó. El no entiende nada de procedimientos y escuelas; pero á veces le ha cautivado oír una pieza de música selecta, absorto ha contemplado un cuadro de gran valor artístico, y se ha emocionado con la representación de un drama de mérito excepcional.

Procúrese presentar en el teatro caracteres familiares; hágase de modo que, en lo posible, no le parezcan irreales los personajes, y de que no le cause extrañeza su lenguaje. Y si á la masa se le presentan símbolos ó concepciones de ideales, no se haga secamente, de manera escueta por hermosos que sean, porque no los comprenderá. Necesita, además de lo dicho, el *aperitivo* de la pasión.

De todo esto no se deduzca que prefiero los dramaturgos que hablan al corazón en primer término á los que hablan al cerebro solamente; nó. Mi autor ideal no lo he encontrado aún, pero de momento me quedo con Ibsen.

Hallo yo la perfección artística en las obras que saben hacer sentir y pensar á la vez, cualidad que sólo he visto en las producciones de Ignacio Iglesias. Este joven por su inteligencia, por su temperamento, por su manera de sentir, en fin, por la esencia de su ser, ha venido á realizar de modo vigoroso la excelsa conjunción de la Idea y el Sentimiento en el teatro. Autor naturalista y gran observador de la vida, Iglesias, examina lo más íntimo del corazón de los desheredados y lo enlaza con moralísimas ideas; matiza sus obras de pensamientos profundos, frases gráficas é imágenes de gran inspiración. Su prosa es la de un catalán castizo, hermoso y vibrante, todo lo cual coadyuga á que sus obras se impongan. ¿Por qué se entusiasmó el público con *Fructidor*? ¿A qué fueron debidas las ovaciones de *Los primeros fríos* y de *Los Conscientes*?

Estas tres obras estrenadas con poco intervalo de tiempo, son el gran paso dado por Iglesias. En ellas notamos un gran perfeccionamiento desde su drama *La Argolla*, estrenado hace unos años, el cual hizonos concebir esperanzas que, por ahora, van realizándose.

El drama *Fructidor* es un cuadro maestro de costumbres obreras en cuyo medio se desarrolla tímidamente una idea de grandes alientos. Quizás Iglesias *pulsó* al público: vió que era de temple y avanzó.

El poema dramático *Los primeros fríos* tiene filosofía profunda, y es una continua emanación de finísima poesía que sugestiona y arroba al espectador y le hace parte y le ilumina en la causa social de que es efecto el drama que ante sus ojos se desarrolla. Su ideal consiste en el triunfo del amor libre é inmaculado á costa del aniquilamiento implacable del sofisma, «piedad divina» y de la opresión paterna, y á pesar de la maldad de los amos de la tierra. La víctima inmediata é imprescindible de lucha tan colosal es la tierna criatura que muere de hambre y de frío al pie de la cruz de Cristo, símbolo de la *redención* de los hombres, y frente al templo de Dios. Lari y Sió, como si les arrancaran las entrañas, lanzan rugidos de horror y desaparecen con el cadáver del hijito en brazos de su madre. Sin darse ellos cuenta, son arrojados por las formidables y embravecidas olas del putrefacto mar de la maldad y farsa humanas á las playas vírgenes del *nuevo mundo*.

Aún veo á aquel público, ébrio de entusiasmo, aplaudiendo con frenesí. ¡Y esto sucedía después de habérsele presentado en la escena un asunto eminentemente ibseniano! El mayor triunfo de Iglesias.

Esta obra puede suponerse que será un éxito cuantas veces se represente bien. *Fructidor*, que se ha puesto en escena ya algunas veces, ha obtenido buena acogida, y seguramente la habría alcanzado mayor sin el convencionalismo en que se desenvuelve su idea capital.

Con *Los Conscientes*, estrenados últimamente, se ha presentado su autor como un cerebral á la moderna, resolviendo con acierto un problema moral. En este poema Iglesias presenta una labor filigranada. Pero, con todo, obsérvese que los productos de su gran talento natural no están sazonados por el estudio de los pensadores que, con clarividencia superior, se ocupan del Hombre, de la Sociedad y del Bien.

Verdad es que Iglesias, para ser un verdadero cerebral, posee dos particularidades que creo le obstaculizan el paso: es sentimental en grado sumo y poeta de un modo excesivo. Y de ahí que en su última producción, á pesar de presentarnos á Juan como hombre de gran talento, consciente y bondadoso, un *hombre superior*, algunas veces se desequilibra perdiendo aquella seguridad de juicio y serenidad que desde las primeras escenas hace suponer aquilata y de que blasona. Esto viene á ser la válvula por donde se escapa el temperamento de Iglesias. Tal es lo que yo creo.

Este joven autor empieza á seguir la misma peregrinación que los grandes innovadores: su última obra ha sido calificada de inmoral. El periódico que con ensañamiento ha tratado de ella, *Lo Teatro Catalá*, de Barcelona, ha dicho de la misma y de su autor lo que sigue: «Reconociéndole talento y sentido común en otra clase de trabajos teatrales puede desarrollar sus méritos; sin poner á la vista de los espectadores escenas, por hermosas que en sus formas resulten, indignas de ser aplaudidas por las personas que tengan cabal concepto del honor y de la familia.»

¡Qué entenderá por familia y honor el que tal escribió!

La moral de esta obra es la de nuestra eterna madre la Naturaleza, inspiradora de las obras de Iglesias. Por esto no es inmoral.

¿Qué inmoralidad hay en un viejo que da su nombre á su prohijada para acabar con la murmuración al público? ¿Qué inmoralidad hay en este corazón generoso al consentir que su mujer ante la ley, pero no ante la naturaleza, se entregue á un joven como ella y gocen ambos de la vida? Si de algo peca el cuadro, no es ciertamente de inmoral; esta abnegación sublime se presta más al romanticismo que á la inmoralidad.

Y otra cosa: ¿en qué clase de trabajos puede desarrollar sus méritos un autor para ser aplaudido por los que tengan cabal..., etc., etc.? ¿Acaso será cultivando aquel teatro rancio, en el que no se concibe un marido sin revólver y cuyo honor se rehabilite por medio del crimen?

Elementos hay que no dan importancia á los triunfos de Iglesias, porque se obtienen por medio del sentimiento y entre gente sencilla. A estos se les puede argüir que el día que Iglesias se dé cuenta de que entre el pueblo hay individuos que, á pesar de ser de posición modesta, piensan mucho y bueno, es probable que entonces, aplicando al arte dramático los frutos de sus observaciones, presente al público tipos sencillos, pero inteligentemente conscientes, sin tener necesidad de apelar al gastado recurso de Ibsen, que para resolver un problema moral ó social, amenudo echa mano de un abogado, de un arquitecto, de un médico, etc. Es necesario se sepa que las blusas y americanas embadurnadas por el trabajo que á veces se ven por la calle, cubren cuerpos de algún apóstol de la Ciencia y del Arte. Debe tenerse presente que muchos obreros de estos que con tan poca propiedad se les llama manuales, son unos verdaderos amantes de la instrucción. Existen muchos trabajadores que bastantes llamados sabios podrían darse por felices si tuvieran la constancia de ellos en el estudio.

Por lo que se refiere á las llamadas clases altas, sabido es que no las atrae el arte dramático moderno. Están muy ocupadas con las zarzuelillas, los toros y otros *sports*. En este punto concreto ¡qué diferencia con las numerosas personas de desahogada posición social de Francia y Alemania que manifiestan franca predilección por el teatro de ideas, el de Ibsen singularmente.

La escasa parte de ellas que gusta del drama ó comedia *seria*, tampoco es amiga de pensar en el teatro; con obras de amoríos perfectamente escritas les basta.

El autor que carga la nota sentimentalista tiene un gran éxito. Refiriéndose á esto, el malogrado crítico José Ixart ha dicho: «La lucha ha de estallar entre los que permanecen fieles al drama sólo de pasión ó de intriga sin más filosofías, y los que, á la verdad, cansados ya del enredo dramático—tan pueril muchas veces—y de la pasión sola—tan ficticia otras tantas—saborean con fruición cuanto atañe al pensamiento moderno y á la interna revolución que se está verificando en la vida íntima y en la vida social.»

Animarse á la lucha es lo conveniente, pues. No debe dejarse tampoco el campo libre á los que explotan el sentimiento de las gentes sencillas.

¡Artistas pensadores! Hundíos en las entrañas del pueblo para hacerle *sentir* la necesidad de la verdad de la felicidad en esta vida

Las delirantes ovaciones de *Fructidor* y de *Los primeros fríos* me sugirieron el tema del presente artículo. Ellas hiciéronme vislumbrar en Ignacio Iglesias al autor que traía elementos para llegar á ser el dramaturgo de las multitudes, en aquella

deliciosa noche de *Los primeros fríos* al coloso que, penetrando al corazón del pueblo, lo elevase á las sublimidades del Ideal. (1)

R. COSTA.

Barcelona.

REVISTA DE REVISTAS

L'Humanité Nouvelle.—*Paris (Noviembre).*—Esta importantísima revista pública, entre otros trabajos, el fin de un estudio profundísimo sobre *La moneda, el crédito y las bancas*, de Mr. G. de Greef, mostrando los orígenes socialistas del problema monetario desde los siglos V y VI de esta era hasta principios del siglo XIX. Un estudio de Kropotkine consagrado á la *Idea mutua en la sociedad de la Edad Media*. En él demuestra cómo, sin ninguna intervención gubernamental, las ciudades de la Edad Media sencillamente se organizaban para la repartición de las riquezas, y cómo aquellas maravillosas instituciones desaparecieron para unificarse las ciudades y convertirse en realezas absolutas. Sin embargo, el trabajo que á nuestro entender es más utilísimo de cuantos hay en esta revista, con serlo todos, es el que se intitula *La idea del progreso y el Anarquismo*, en el cual el autor establece que el Anarquismo es la tendencia más eminentemente progresiva de nuestra época.

La Petite Revue Internationale.—*Paris (Noviembre).*—Interesante es el número último de esta revista. Entre la variedad de sus trabajos literarios descuellan, por su importancia, uno de Séverine que, como todos los suyos, busca en las bases sociales, egoístas é injustas, las causas de los cataclismos que por doquier acompañan á la humanidad. Otro de Pierre Monfalcon, titulado *Después de la guerra*, en el que recuerda que apenas hace cien años que la América, sacudiendo el yugo inglés gracias al concurso del oro y de la sangre francesa, proclamó la libertad y los derechos del hombre y la manumisión moral é intelectual del pueblo, y sin embargo, en todos sus hechos ha demostrado lo contrario de lo que se propuso el gran Washington que soñaba un país libre en un Estado libre. Otro trabajo que demuestra que, á pesar de las fiestas de la coronación de la joven Guillermina de Holanda, los Países Bajos atraviesan una situación económica y política difícilísima por las aventuras en que se metieron los Ministerios de la Regencia.

Ciencia Social.—*(Octubre).*—Para que se vea cuán ameno y variado es el texto de esta importante revista que se publica en Buenos Aires, basta ver el siguiente sumario: *Retrato y biografía de Kropotkine; Conferencias populares sobre*

(1) Lástima que no se escriba en idioma más generalizado que el catalán; así los millones de hombres que hablan el castellano, podrían apreciar las bellezas artísticas que produce el joven Iglesias, si no tan ideistas y revolucionarias como sería de desear, lo suficiente elevadas y atrevidas para obtener los aplausos de los espíritus reñidos con los convencionalismos y preocupaciones que son hoy la primera materia de nuestros dramaturgos. Mal que por despreciar á un pueblo como Madrid, sin energías morales ni intelectuales, se prive á los restantes españoles del goce que producen obras que, por su grandor, no habrían de tener patria ni región, como producto del espíritu humano.—N. DE LA R.

Sociología, por Paraire; *El individuo y la sociedad*, por Grave; *La evolución de la sociología criminal*, por Pedro Gori; *El triunfo de la justicia*, por Pablo; *Reparación sublime*, por Soledad Gustavo; una necrología de Miguel Schwab, y tres bonitos cuentos.

L'Avbe Meridionale.—(Noviembre. Montpellier).—En esta revista literaria, artística y social, hay una bonita variedad de trabajos literarios modernistas tal y como palpitan en Barcelona, vecina suya y afina en ideales y sentimientos.

Catalonia.—(Noviembre).—Importante revista que se publica en Barcelona, donde brilla lo más selecto del arte revolucionario catalán.

La Tracción Ferroviaria.—(Noviembre).—Simpática revista que ve la luz en Barcelona, órgano de la Sociedad de Maquinistas y Fogonistas.

S. G.

REVISTA DE LIBROS

La mentira patriota.—**El militarismo.**—**La guerra.**—(*Cuestión argentino-chilena*), por José Ingenieros.—Es un folleto de cerca cien páginas, destinado á demostrar la sinrazón de toda guerra y muy particularmente la que, por un pedazo de terreno, ha estado á punto de estallar entre las dos Repúblicas que divide los Andes. En la obra, que está muy bien escrita, campea el sentido cosmopolita.—Buenos Aires: Librería Obrera, calle Méjico, 2.072.

Jesús (*Memorias de un jesuita*), por D. Dionisio Pérez.—Novela de cerca de cien páginas, muy útil para emancipar las conciencias de la tiranía religiosa. Puede adquirirse en la administración de *Vida Nueva* por una peseta.

El Revolucionario (*Arte y Socialismo*), por Adolfo Retté.—Folleto dialogado de una tendencia eminentemente modernista y revolucionaria. Discute el Genio con un supuesto Fantasma sobre la misión de los hombres enemigos de todo eso. El trabajo está editado por *La Montaña*, periódico socialista de Buenos Aires.

Certamen Socialista Libertario.—Hemos recibido el primer cuaderno del tercer Certamen socialista. Por cuadernos de 16 páginas se irán publicando los trabajos premiados en este Concurso de Sociología y Letras.

Los españoles pueden adquirirlo por medio de José Sanjurjo, Franja, 32, segundo, La Coruña, representante en España de la entidad organizadora. Edita la obra la imprenta y encuadernación «San Martín», calle 49, número 659, La Plata, Buenos Aires.

Con el número presente inauguramos en la primera sección de esta REVISTA, una de sociología extranjera, donde publicaremos composiciones literarias de los más notables sociólogos del mundo, como Hamon, Mirbeau, Grave, Reclus, etc.



SECCION LIBRE

El Socialismo se impone

I.

La especie humana, desde que por lo eterno del universo material, quedó formada en la superficie del globo que habitamos, tendió, como todos los seres, á buscar la satisfacción de sus necesidades y la conservación de su existencia.

Las dificultades y obstáculos que le rodearon, y aun siguen oponiéndose al logro de tal objeto, debieron en el principio ser inmensos y aun hoy son poderosos. Su historia es la relación de cruentos sufrimientos, sangrientas y continuas guerras, emigraciones de razas ó pueblos numerosos en masa, epidemias é inundaciones que causaron horrible mortandad, martirios sin cuento, crímenes espantosos, y al par de todo esto, producciones luminosas de genios notabilísimos, que abrieron nuevos horizontes en el caos de horrores que dominaba á la generación en que vivían; descubrimientos é invenciones sorprendentes que contribuían á auxiliar el paso de la vida social; abnegaciones y esfuerzos sublimes de vidas é inteligencias en alivio de las torturas humanas, y destellos sublimes del arte elevando el ideal de la vida y de las sociedades embelleciéndola y abriendo en un mundo de promesas, otro de esperanzas en épocas y vida mejor.

Así es que los primeros pasos de la especie debieron dirigirse á la satisfacción de las necesidades, y éstas las llevaron á crear hábitos y disposiciones con arreglo al medio y elementos que la rodeaban, dejando cada generación una cantidad de observaciones, de trabajos realizados y de amargos recuerdos, fueron acumulando rendimientos de progresos para crear nuevos medios de vida, hábitos y disposiciones. con arreglo á los cuales se envolvía, y quedando siempre en pie nuevas necesidades y nuevos dolores que aliviar.

La civilización oriental, perdiendo sus orígenes y su desarrollo, lanza de su seno lo bueno que le quedaba y se refugia en próximas islas que se llamaron después Grecia.

Levántase ésta esplendorosa como un faro inmenso que alumbra en el océano de la vida humana para caer descompuesta en brazos de Roma. De Roma nace

el derecho, la propiedad, y otras instituciones de cuyos moldes se hicieron los actuales. Mas Grecia y Roma al lado de grandes destellos de luz y elementos nuevos de vida y progresos que crearon, dotando con ellos á la humanidad, difundieron y afirmaron, elevándolo á la categoría de derecho, entre otros errores recibidos ó llevados de Oriente, el gran error de las castas, el funesto principio de la esclavitud, el derecho absurdo de propiedad del hombre sobre el hombre.

Las sociedades adquieren tanto desarrollo, cuantos menos vicios ó errores acompañan á la fuerza ó idea que les dió vida. Y son tan cortos en duración é insensibles los progresos, cuanto más errores los rodeen ó acompañen.

A confirmar nuestro acierto vino la reforma religiosa—el cristianismo,—y más tarde la invasión de los bárbaros del Norte.

Estos conquistadores de pueblos, ven, á su vez, conquistadas sus conciencias por los vencidos. Sale, sin embargo, de esto y de la transformación de los esclavos en siervos, con la amalgama de las bárbaras costumbres de estas razas conquistadoras y guerreras, las leyes de los pueblos conquistados y el poder que adquirió la Iglesia cristiana compartiendo, ó mejor, dirigiendo intelectual, moral y jurídicamente, las naciones, un engendro tal de fuerzas absorbentes corruptoras y bárbaras, que, sin las luchas teológicas y filosóficas que los fundamentos de la trinidad cristiana ó católica originó, sin los adelantos científicos que acompañaron á las conquistas y proselitismo de la religión mahometana, sin las ciudades libres ó repúblicas, que, como hermosos oasis aparecen en el desierto horroroso de aquella época de Italia y sin la importancia y libertades que dieron á las Universidades, el retroceso hubiese sido asombroso y se hubieran perdido los conocimientos adquiridos en poder del funesto feudalismo.

Aparecen después de la tenebrosa y criminal historia de la Edad Media, sucesos de tal importancia que pueden considerarse como el prólogo de grandes transformaciones sociales, de grande renovación en los elementos de vida y desarrollo progresivo de los pueblos que crean nuevos hábitos y medios y necesidades nuevas. Son estos la protesta y reforma religiosa que elevó la libertad de pensar á la categoría de derecho, y desarrolló en las razas del Norte el principio individualista y el amor á la libertad, hechos de gran trascendencia; el renacimiento de las artes, volviendo al lado de la naturaleza y separándose del misticismo idealizado y febril que consumía la materia, las carnes y la forma, como cosa maldita despreciable é infernal; el descubrimiento de América y Oceanía, suceso transcendentalísimo en el orden científico, y en el de fomento y desarrollo del comercio é industria, mirados hasta entonces con indiferencia, y llamados á ejercer poderosa influencia en la marcha y desarrollo del progreso material.

Es verdad que todos esos poderosos manantiales de progreso, todo ese despertar y renacimiento, creando nuevos elementos y necesidades y que con el auxilio de la filosofía, la crítica y la ciencia, produjeron la gran revolución francesa, pero también es verdad que arrastraron consigo grandes y gravísimos errores, que contribuyeron á dejar en pié, sin resolver, el objeto final y lógico de las sociedades: la satisfacción de las necesidades y el libre desarrollo de las facultades.

VICENTE GARCIA.

UN PUNTO

Rota ya la barrera que impedía el completo funcionamiento del cerebro, y establecido el sistema experimental, la ciencia nos abre el campo de la verdad, libertándonos del poder deista que nos aprisionaba y nos sugetaba á las perturbaciones establecidas por el mismo hombre cuando su ignorancia le presentaba los fenómenos naturales como cosa extraña movida á impulsos de sus enemigos.

La ignorancia de los más ha servido para que la astucia de los menos se enseñoreara del mundo, sentando la esclavitud para los que no tuvieron el atrevimiento de menospreciarlo todo y constituirse en árbitros de los destinos generales de la mayoría que no supo darse cuenta de su misión en la tierra.

No es la finalidad del hombre, la otra vida—que no existe—ni el sacrificio estéril en aras de sueños y fantasmagorías que benefician á unos pocos en perjuicio de los demás—forzando á la Naturaleza—sino contribuir á las evoluciones naturales de la materia, en todas sus manifestaciones, como componente movable de un todo, que tiene la vitalidad como base de organización y constructora.

Sólo los cerebros degenerados y enfermizos creen hoy en una fuerza extraña, que, sin ser materia, impulse nuestros actos y provoque nuestros pensamientos y acciones convirtiéndonos en una envoltura automática y permanente sin iniciativa propia.

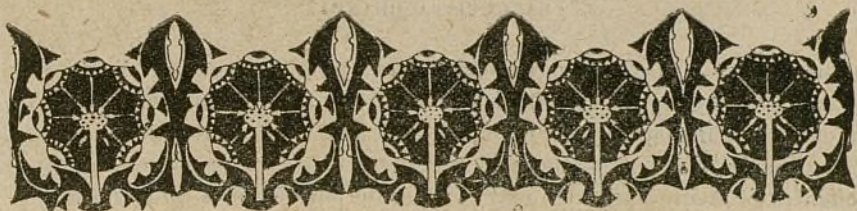
Nada más absurdo que esto. La ciencia, en todas sus manifestaciones, nos demuestra que somos un compuesto exclusivo de materia, sólo de materia, dotado de las condiciones esenciales de la misma, como son: afinidad, mutabilidad, movilidad, contractibilidad, solubilidad y sujeta á las leyes físico químicas, que son las únicas que hoy rigen todo lo conocido.

Desde el primer momento que la materia se une para formar el compuesto hombre, hasta que éste, terminada su vitalidad natural, se descompone para que sus partes se quimifiquen en un nuevo compuesto—bien planta ó piedra—no hace más que sufrir un continuo fenómeno de asimilación, recogiendo como elementos de vida los componentes ó simples necesarios, arrojando de sí aquellas moléculas que no le sirven para su funcionamiento sucesivo y que nunca son permanentes, ya que la movilidad las obliga á entrar y salir en los diferentes compuestos por que la Naturaleza se modifica para existir.

Las mismas leyes físico-químicas que regulan la marcha de la materia sufren transformaciones á su vez para engendrar los agentes que, como la luz, el calor y la electricidad impulsan á la materia su marcha evolutiva, fenómenos que la ciencia moderna designa bajo el nombre de *correlatividad de las fuerzas físicas*.

Sólo un punto, que ya entrevé la ciencia, falta descubrir para dar explicación exacta de esa *correlatividad*. El día, no lejano, que ese punto pueda ser definido, la verdad será conocida en toda su majestuosa grandeza y habrá desaparecido de la tierra esa teoría de la envoltura permanente de una fuerza misteriosa que hoy impide á la humanidad el ser feliz.

FRANCISCO FERRER.



TRIBUNA DEL OBRERO

LA MUJER

¡Pobre mujer! Cuando leo notables escritos debidos á la pluma de inteligencias femeninas, que claman en contra de la despótica autoridad que ejercen los hombres, acude á mi mente el recuerdo de una escena triste que vi, porque no decirlo, en una casa de lenocinio.

Había allí un grupo de doncellas, ángeles caídos, que en vez de parecer desechadas, rabiosas é insubordidas, como de presumir era, se asemejaban á mansos corderitos, ó á canes de los que corren tras el niño que les muestra un terroncito de azúcar. Obedecían á la más ligera indicación de una *monstruo*, que de ser racional era su parte física, mas de hiena serían sus entrañas.

Si alguna parecía algún tanto melancólica, tal vez dándose cuenta de la triste misión que desempeñaba en el mundo, tal vez concentrándose las fuerzas de su alma que la iluminaban por un momento, allí estaba la del manojo de llaves que la dirigía una siniestra mirada.

Una mujer era la dueña absoluta de todas aquellas voluntades; ella mandaba y nadie era osado á contradecir la orden.

Ante aquella escena se apoderó de mí una tristeza profunda y acudieron á mi memoria párrafos enteros de escritos de mujeres eminentes, y no pude menos de exclamar: ¡Pobres mujeres!

Mas hice extensiva mi exclamación á los hombres, porque ¡cuántos y cuántos somos más desgraciados que ellas!

La esclavitud ha desaparecido á los ojos del mundo; mas háse quedado hipócritamente, se ha modernizado, si vale la expresión, y es sino tan temible cual lo era en los tiempos medio-evaes, poco menos.

Pero hay que confesarlo, las armas de antaño son más eficaces para combatirla que las de aquellos tiempos; la educación é instrucción hanse ya difundido, aunque no lo necesario, para abrir los ojos á la razón, y trabajando con fé y energía, no hay duda, lograremos romper las cadenas que nos aprisionan.

Adelante hombres de pecho noble y corazón levantado que deseáis un ideal de perfección; no desmayéis, ni cejéis un instante, no desconfiéis de las leyes del pro-

greso que éstas son inexorable; enseñad con la palabra y con el ejemplo como lo hizo el mártir del Gólgota, popularizad vuestras ideas redentoras; haced que penetren en lo más íntimo de la conciencia y en lo más recóndito del entendimiento; trabajemos cada cual con sus propias fuerzas y todos á una que en la propaganda se encuentra el medio para alcanzar el ideal de perfección á que aspiramos.

FRANCISCO NAVÉS.

DESTELLO

La clase baja, la pobre, la explotada y envilecida por la sociedad actual, se lamenta desesperadamente de la terrible miseria que invade por completo el extenso y desgraciado campo proletario.

Y tiene razón.

En todos los ámbitos suena la aterradora palabra ¡miseria!, por todas partes resplandece el nebuloso sol de la desgracia. Recorred las capitales, las ciudades, los pueblos, recorred los lugares más apartados del mundo, y sólo encontraréis miseria, hambre, y tras ellas maldiciones, leyes, verdugos, cárceles...

Maldecid, renegad, destruid á la riqueza que ella es la que engendra miseria.

El dinero, promueve la ambición.

La ambición, promueve el vicio, el crimen y es causa de las desigualdades que imperan en la Humanidad.

Destruyamos el dinero, y desaparecerá la ambición, y junto con ésta, el vicio, el crimen y las desigualdades.

Mientras exista la riqueza habrá opresores, mientras haya opresores, habrá oprimidos, y existiendo éstos, la miseria existirá, extendiéndose rápidamente por el mundo provocando atentados, haciendo víctimas y aterrando con su impiedad á la sufrida y desgraciada clase proletaria.

Por lo tanto, todos aquellos seres que amen á sus semejantes deben luchar con denuesto hasta la completa extinción del dinero; una vez logrado esto, será cuando reinará en el mundo la fraternidad más completa entre los hombres.

J. TOUS PUIG.

En el número anterior, en un anuncio que apareció en la penúltima página de esta revista, anunciamos la publicación de la interesantísima obra de Pedro Cerdas, titulada *Prisiones imaginarias* (sensaciones de un preso en el castillo de Montjuich), por un error inconcebible al periódico que ha de publicar dicha obra se le dió el título de *Madrid Literario*.

Participamos á nuestros lectores que el nombre de la nueva publicación, artísticamente revolucionaria y sociológica, se titulará *La Vida Literaria*, y su primer número aparecerá el día 6 del próximo Enero.